

Un artículo de

JOSE MARIA GIRONELLA

Lo sorprendente

es lo eterno

¿Qué inútil resulta colgar etiquetas! La sorpresa aguarda al doblar de la esquina. El periódico nos trae cada día una noticia-lección. Cada día ocurre algo que nos demuestra hasta qué punto errábamos al suponer que tal pueblo era pacífico, que tal político era inmortal, que la vida es así o asá. En el momento en que afirmamos: "el mar está en calma" naufragan en él tres muchachos que salieron en una barca a homenajear a la Naturaleza. ¿Te acuerdas de aquella chica que iba para prostituta? Se metió en un convento. ¿Y cómo es posible que un pájaro haya construido su nido en el motor de un coche?

En la aldea en que nació Darnius—ha sido raptado un niño francés. Darnius se ha hecho famoso de la noche a la mañana. También se ha hecho famosa la aldea de Belmez, porque su alcalde se ha presentado al programa "Un millón para el mejor". Las fábricas de imágenes de Olot, en virtud de la desmitificación conciliar, sufren crisis aguda; llega la guerra del Vietnam y les proporciona nuevos e inesperados clientes: las familias católicas americanas que han perdido un hijo en la contienda. ¿Y qué ocurre en Alemania? Que el nazismo renace con brío insoportable en el momento en que se descubre por azar una partitura inédita de Beethoven... Entretanto, el profesor Barnard afirma en Madrid que el corazón más parecido al del hombre no es el del cerdo, sino el del mono. ¡El mono reivindica sus derechos, se resiste a apearse de nuestro árbol genealógico!

De sorpresa en sorpresa prosigue la existencia—la tuya, la mía, la de la comunidad—, alternando entre risa y llanto, sol y luna. Hasta que se alcanza la situación-límite y se vuelve a empezar. Creíamos haber despegado de la zona atávica, instintiva, y resulta que era un mero espejismo. Somos los grandes viajeros hacia lo exótico, que inevitablemente advertimos que lo que en verdad nos emociona es el regreso a la tierra natal. "¡Tierra!", gritó Colón, con lágrimas en los ojos..., al volver a España, al divisar de nuevo las costas españolas.

Se ha suicidado Manolo Fernández, uno de los componentes del conjunto Los Bravos. Se ha suicidado por amor. Esta es la última noticia-sorpresa, la última noticia-lección. Lección, sobre todo, para los jóvenes que imaginan haber localizado un mundo sin prejuicios, sin jerarquía, sin dolor. Los Bravos representaban la rebeldía, la escoba que barría a Werther y a Strauss, la absoluta libertad de pensamiento y de acción. Y he aquí que uno de ellos, Manolo Fernández, que tocaba el órgano electrónico, no puede resistir la tristeza que le ha ocasionado la muerte de su mujer, Lotty Rey, y a las pocas semanas se dispara un tiro de escopeta, como cualquier héroe romántico de las novelas de Lamartine.

Mi existencia, la tuya, la de la comunidad, siguen, por tanto, sometidas a idénticas leyes. Evolucionamos, pero muy poco a poco. Los aviones huyen, el corazón se queda. Tenemos puentes larguísimo, milagros de ingeniería, pero en la otra orilla nos aguarda la misma choza humilde, la misma vida íntima y sentimental. Los órganos electrónicos de pronto renuncian a cantar el futuro y suenan como las campanas de antaño que doblaban a muerto. Manolo Fernández, de Los Bravos, le ha dicho no al No contemporáneo, al ritmo trepidante y protestón, y se ha metido para siempre en el convento de los suicidas del medioevo.

¿Cuánto respeto me inspira todo esto, Señor! Es lo concreto. Es la maravilla del periódico, la anécdota expectante en la esquina de cada día. Hay greguerías de Gómez de la Serna que resumen toda la historia filosófica: "El cañón, después del disparo, recula como asustado por lo que acaba de hacer." Los Salvajes, Los Brutos, Los Escarabajos, al quedarse solos encienden un pitillo y miran al suelo. Y notan la sacudida del cordón umbilical. Y se asustan. Y se amansan al recuerdo de las flautas de Mozart. Son fierrecillas, cachorros, niños. Son hombres. Son hombres bravos, capaces de sentir y de querer. De querer al mar en calma —donde puede naufragarse—, de construir, como los pájaros, un nido de amor en el motor de un coche que ha derribado, matando a la mujer de la que eran gloriosamente esclavos.

La esperanza está aquí, en la imposibilidad de etiquetar el universo de las emociones, como presintió Spencer al escribir: "Las emociones mandan, el intelecto es el servidor." Nunca como en nuestro tiempo se ha presumido de frialdad; nunca como ahora se ha utilizado tan reiteradamente el adjetivo "entrañable". Todo es "entrañable" en nuestra época: los homenajes a Fleming, el retorno del "Plus Ultra", la camaradería de los "hippies", las películas de dibujos animados, la muerte del "Che" Guevara, los coqueteos del Sol y de la Luna, la angustia de la madre del niño raptado en mi pueblo natal, en Darnius.

¿Qué epitafio cabría ponerle a la tumba de Manolo Fernández, joven rebelde, suicida enamorado? Tal vez uno muy sencillo: "Aquí yace el hombre de siempre, que después de cantar exaltadamente la vida enmudeció por amor." Con estas palabras querría yo despedirme de ese muchacho excéntrico, al que el verano pasado conocí en una playa alcantana. Llevaba pantalones rojos, que de lejos parecían dos gotas de sangre. Le pregunté si era feliz y me contestó, rápido: "¿Y usted?" Me ganó por agilidad. Ahora está inmóvil. En la eternidad el movimiento es absurdo. En la eternidad todo es absurdo: las preguntas, el neonazismo, la música trepidante. Y, por supuesto, las escopetas.

No al general DE GAULLE

Por RAFAEL CALVO SERER

Si estamos o no en los comienzos de una nueva Revolución francesa, el tiempo lo dirá. Pero lo que ha quedado claro es la incompatibilidad de un gobierno personal o autoritario con las estructuras de la sociedad industrial y con la mentalidad democrática de nuestra época en el contexto del mundo libre. Aun en los mismos regímenes socialistas del Este el culto a la personalidad, característico del período staliniano, ha tenido que desaparecer. Tampoco el recuerdo de figuras como las de Hitler y Mussolini ha logrado revestirse de la leyenda que hizo perdurable la gloria de Napoleón. En los regímenes democráticos, incluso, grandes personalidades, como Churchill y Adenauer, fueron objeto de duras críticas y se vieron obligados a abandonar el Poder por los electores que en otros momentos les manifestaron entusiasta adhesión o un simple reconocimiento de sus servicios.

El régimen más o menos autoritario de De Gaulle se encuentra ahora con que ha acumulado todas las desventajas y los inconvenientes de los autócratas y estadistas citados. La principal característica de sus diez años de Presidente de la República ha sido una exagerada personalización del poder. Ha gobernado prescindiendo de la opinión y consejo de casi todos los políticos o incluso en contra de ella. Ha menospreciado a los partidos, los Sindicatos y la Prensa. Por último, se ha encontrado ya anciano y queriendo mantenerse en el Gobierno con una crisis que puede acabar con él sin haber abordado a tiempo ni la organización del partido que pueda continuar su obra ni la preparación adecuada del posible sucesor.

Son demasiados los actos personales de Gobierno ejecutados por el general para que ahora, en unos días, semanas o meses, pueda rectificar con medidas de emergencia. Su política argelina, acertada desde un punto de vista internacional, le enemistó con gran parte del Ejército que le llevó al Poder y con la extrema derecha francesa; su política contra la Europa unida quebrantó una de las más fundadas ilusiones y esperanzas de la juventud; su hostilidad a la Nato y a los anglosajones le llevó a acercarse a Rusia y fortaleció a los comunistas franceses, que están en la oposición; su actitud contra Israel le valió la hostilidad general de los intelectuales; los viajes al Canadá y a Polonia motivaron nuevas irritaciones fuera y dentro de Francia.

De Gaulle quiere lograr de nuevo y directamente del pueblo el apoyo para sus medidas y decisiones personales. Quizá pudiese conseguir una ligera mayoría por el miedo que produce una alternativa en la que el partido más fuerte puede ser el comunista. Pero ¿podrá seguir adelante el anciano general cuando ya no es capaz de escuchar ni de rectificar? A este respecto recuerdo aquella aguda observación de Lequerica, en su despacho de las Cortes, cuando él mismo se consideraba como vicepresidente con derecho a sucesión, sobre el triste sino de los gobernantes que se hacen viejos en el Poder. Son sus mismos éxitos los que les traicionan, porque se aferran a lo que en otras ocasiones les fue fa-

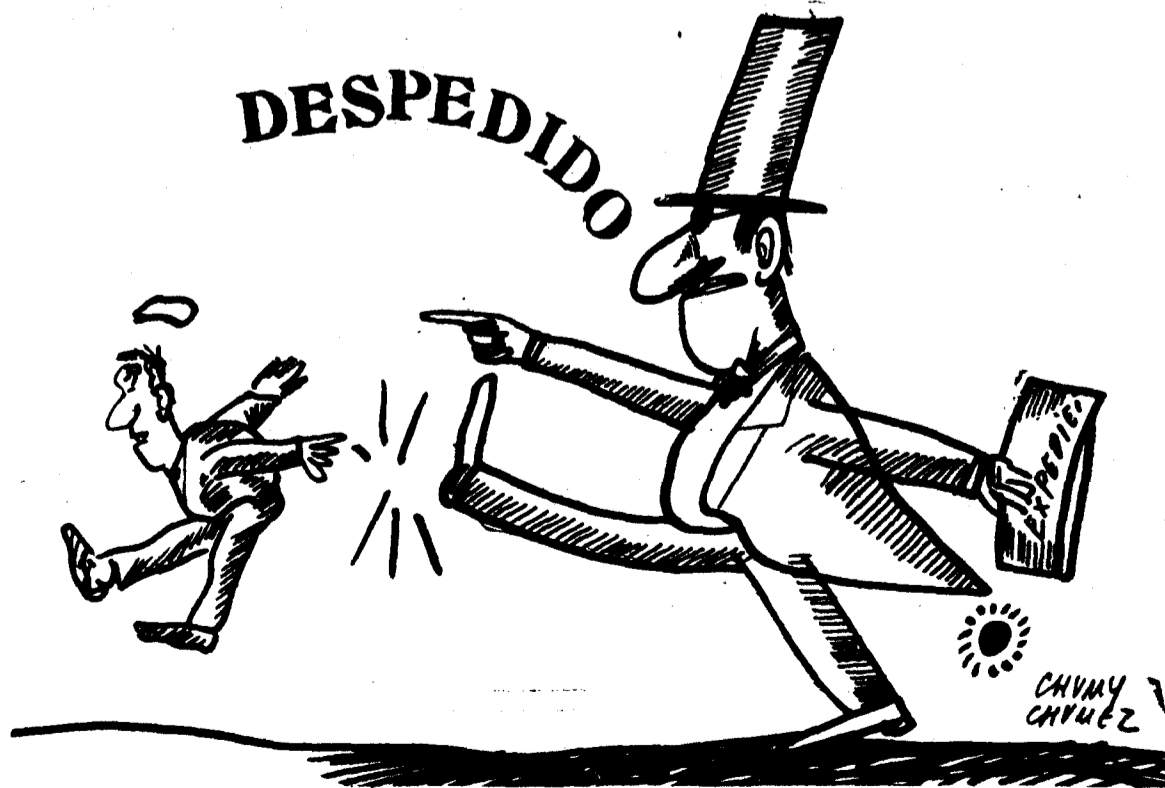
RETIRARSE A TIEMPO

bombardeos; y ahora la acción de los estudiantes, los Sindicatos y las izquierdas contra De Gaulle.

Todos estos acontecimientos, especialmente los franceses, inducen a la reflexión. España mantiene una semejanza de situaciones sociales y políticas con el vecino país. Si a Francia se le presenta el problema de la sucesión de De Gaulle y del régimen de la V República, también con especiales características está planteado en España. Mientras el general francés ha realizado una política exterior izquierdista, pero conservadora en el interior, la política exterior española ha sido de otro signo y en el interior está por hacer la reforma de las estructuras económicas y sociales.

Si el movimiento universitario y el obrero son de oposición radical al régimen personal de De Gaulle por la falta de participación de los gobernados en los niveles económico, social y político, los españoles no hemos resuelto la plena participación democrática cuando, según las leyes, se dan por terminados los períodos totalitario y autoritario del Régimen.

Esta es la cuestión clave. En la vía de su resolución se plantean estos interrogantes prácticos y urgentes: ¿cómo puede formarse un Gobierno para enfrentarse con las nuevas realidades?, ¿cuál será la organización política más adecuada para que este Gobierno pueda contar en sus decisiones con la mayor participación individual o asociativa? Y, por último, en el momento de producirse la vacante previsible, ¿quién ha de ser el Jefe del Estado que reúna las mejores condiciones para la acción de aquel Gobierno y para contar con la máxima adhesión popular?



Moderno derecho de pernada